

# Elixir estomacal

MI asesor en asuntos vietnamitas se ha tirado en paracaídas a pocos kilómetros de mi casa y ha venido a contarme lo que ha visto en Saigón, Hue y Quang Tri. Nunca le he dicho una palabra de cariño, pero se lo tengo. Los hombres somos así. Mi asesor en asuntos vietnamitas tiene ochenta y dos años y se tira en paracaídas para hacerme un servicio. Además, como hay una conjura internacional para localizarme, no puede tomar pasaje en ningún avión y siempre hace el viaje escondido en el tren de aterrizaje. Cuando calcula que está sobre XZ-Heil! (perdonen que no confiese mi localización exacta) se pone el paracaídas que le ha cosido una hija soltera, profesora de francés en Hue, y se tira. Siempre llega con algo roto. Pero él mismo se lo enyesa y nunca me ha pedido veinte duros para irse al médico. Se recose el paracaídas por la noche, y al día siguiente aún tiene tiempo de darme un parte por escrito y soportar la inevitable regañina que le dedico para que no se confíe.

—¡Ayer llegó usted con mucho retraso!  
—Sí, jefe.  
—Es usted un asco, un auténtico asco judaizante.



—Jefe, eso no, os lo ruego.  
—Es usted más ineficaz que un computador de Kissinger.  
—¡Piedad!

—Bueno, que sea la última vez. Y lo curioso es que me trae buenos informes. Por ejemplo, lean conmigo:

«En Hue la cosa está muy bien. En cuanto entren los del Vietcong, la población se dará cuenta de que la única solución está en la opinión política que usted encabeza, jefe. Mi hija está traduciendo su principal obra al vietnamita. Es muy lenta, pero lo hace bien. La he castigado sin postre hasta que termine

este punto—. No puedo tolerar la menor proximidad genética con esos mestizos. Que colaboren y les pasaremos una renta vitalicia. Eso es todo.

Mi viejo informador se ha cuadrado militarmente y me ha pedido instrucciones.

—Vigíleme al Vietcong. No le deje moverse a sus anchas.

—¡Le ruego me dé instrucciones concretas!

—Si ve que el Vietcong se apodera de Saigón, rodee usted la ciudad.

—¿Yo solo?

—¿Y para qué tiene usted a su hija?



—¿Y a quién si no? ¿Qué hace usted ahí? ¿Se ha caído o es que tenía calor dentro?

—Cada uno es cada uno.

—¡Maldición! ¡Quítese de ahí!

—Usted vigile el volante y no se preocupe por mí, que ahí viene el Aconcagua.

Dicho y visto. El piloto se volvió a meter dentro precipitadamente, esquivó el Aconcagua y minutos después volvía a sacar la cabeza.

—Muchas gracias. Por poco no me salvo.

—No hay de qué. Todos perdemos los nervios alguna vez en la vida.

—¿Va usted bien ahí?

—Pésé, no va mal la cosa. Pero si usted fuera tan amable y la azafata me trajera un paracaídas nuevo...

—Eso está hecho —contestó el paracaidista, que en su juventud había sido un ejecutivo madrileño.

Se tiró con el paracaídas nuevo y en paz. Eso sí, cuando me lo contó yo le reprendí mucho por haberse mostrado tan poco duro con el piloto. Incluso creo que le pegué una patada en un punto equidistante entre las dos ingles, porque me dio un cierto coraje, miren, y no sabría decir exactamente por qué.

## ESA TONTERIA DEL VIETNAM

la traducción, claro que a sus sesenta años pocas necesidades se tienen de estas cosas. En Saigón aún estamos mejor. El otro día oí cómo un "marine" americano comentaba: "Richard es un blando, necesitaríamos un Adolf". De ello deduzco que hay condiciones objetivas muy maduras para dar un golpe de Estado en Washington. Usted, jefe, nunca me ha hecho caso, pero si me dejara tirarme en paracaídas sobre Washington, ocupo la NBC, lanzo una proclama y usted se viene en veinte horas, y todo el mundo a callar. Yo creo que el desastre americano en Vietnam nos favorece. De momento he formado un comando con los mestizos de vietnamita y mercenarios alemanes en la antigua Legión Extranjera. Tengo ya a unos sesenta muchachos que estarían dispuestos a colaborar si les extiende un certificado conforme son arios puros por parte de padre».

—¡Jamás! —he gritado al llegar a

—Comprendido.

Y se ha marchado. Conozco las dificultades de su viaje de vuelta. Se mete en el primer aeropuerto que encuentra y en el primer tren de aterrizaje que se topa. Se lleva un termo con café con leche, una salchicha de Frankfurt de medio kilo y un pan negro con comino. También se lleva un transistor para no aburrirse. Sólo una vez le descubrieron porque se le quedó el tirante del paracaídas enganchado en una rueda. El piloto vio aquel extraño cuerpo colgado en el aire, ¡y a aquella altura!

—¿Qué hace usted ahí?

Primero intentó no darse por aludido. Pero el piloto, congestionado, con quebradizos nervios de violinista judío tuberculoso, asomaba ya medio cuerpo por la ventanilla y gritaba:

—¿Qué hace usted ahí?

—¿Es a mí? —preguntó mi enviado para asegurarse.

## Adolfo

### TODO ES SEGUN EL COLOR...

MAS  
CORNADAS  
DA  
EL HAMBRE



HOY POR MI,  
MAÑANA  
POR TI



PUES  
EN EL  
EXTRANJERO...



YA SE SABE  
QUE LA CABRA  
TIRA  
AL MONTE

